

== JOSÉ LUIS ==



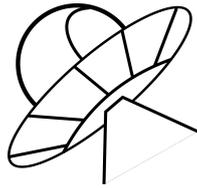
LA MUELA DEL JUICIO FINAL

La tripulación de la "Nosotros Llegamos primero" presenta un relato corto con José Luis, Manoli, Lorenzo, Anabel, María Pilar, Julián y Rumbo 116 - Con la aparición especial de la nave "Mortadelo" - Escrito por Irene Robles

LA MUELA
DEL JUICIO FINAL

La muela del juicio final

Una historia con la tripulación
de la *Nosotros llegamos primero*



Irene Robles

Primera edición: abril 2025

©Derechos de edición reservados.

Irene Robles Martínez

www.ireneroblescifi.com

Relato

Ciencia ficción

Edición: Irene Robles Martínez

Diseño de portada: Elena Marcia

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

¡Cariños! ¡Un médico! ¿Hay algún médico en la sala?

—Mamá, por favor, no seas teatrera —pide José Luis con la boca pequeña y llevándose una mano a la mejilla derecha—. Ya sabes que no hay ningún médico a bordo.

—Ay, lo sé hijo, pero siempre había querido decir eso.

Manoli y José Luis están en la cocina. El ingeniero lleva tiempo quejándose de un dolor punzante en la boca, pero parece que ya se ha vuelto insoportable. Cabizbajo y afligido se queja a su madre de esa muela del juicio que está empezando a romper la encía cual rompehielos atravesando el Ártico. La solución de Manoli hasta el momento había sido preparar menús basados en sopas, cremas y alimentos blanditos para evitar molestias mayores a su hijo, pero eso ha generado otras nuevas, sobre todo para Lorenzo, que es de buen comer y los caldos ya le saben a poco.

—¡Mira, Manoli, mira! —grita Lorenzo metiendo el pulgar entre la goma del pantalón y su barriga—. Una semana comiendo sopas y ya me sobra un dedo, por lo menos he perdido dos tallas. Como sigamos así, la semana que viene se me caen los pantalones.

—Dios no lo quiera —murmura Anabel pasando por su lado, que acaba de llegar a la cocina y ha cogido de un armario un paquete de galletas—. ¿Qué? Yo también tengo hambre, pero vengo a coger lo que quiero, no ando todo el día quejándome...

—Muy bien dicho, cielo —Manoli agradece el comentario.

—Todos agradecemos y disfrutamos de tus guisos, pero eso no quita que de vez en cuando también podamos colaborar en la cocina.

Anabel parece que se dirige a Manoli, pero en realidad sus palabras van para Lorenzo, a quien está mirando directamente a los ojos, cuyo tono de reproche ya no pasa desapercibido para mí, para que no dude de que la cosa va con él. Sí, ya voy pillando estas sutilezas humanas.

Para los que todavía no me conozcáis, soy Rumbo116, la inteligencia artificial de la nave *Nosotros llegamos primero*. Viajamos en una

carrera espacial entre la Tierra y Marte, y tenemos un máximo de ocho meses para completar el recorrido. En esta ocasión competimos con otras doscientas cuatro naves. Del total, catorce naves ni siquiera llegaron a despegar y según la última actualización del Control de Carrera, cuarenta han abandonado ya desde el inicio por problemas técnicos o de otra índole. El contador no ha vuelto a subir desde la última comunicación. Nosotros actualmente llevamos cuatro meses, un día y diez horas de viaje y por el momento seguimos adelante sin incidentes. La tripulación está formada por Anabel, la comandante; María Pilar, la piloto; Lorenzo, el ingeniero de carreras; Julián, el inspector de la Federación; José Luis, el ingeniero biomecánico y Manoli, su madre. Pero hoy no estamos aquí para hablar de la carrera.

—Bueno, ahora en serio, que mi niño lo está pasando fatal, ¿qué se puede hacer en estos casos? ¿Puede venir un dentista a verle las muelas? Si es que Joselu siempre ha tenido las muelas del juicio peleonas. . . Ahí estaban, escondidas en las encías, de pequeño ya me decían de controlárselas, por si se las quitábamos antes de que rompieran para evitar todo esto. Pero claro, cuando no molestan no te acuerdas de que las tienes, y esta ha querido salir justo ahora, en el peor momento, cuando estamos en medio del espacio. . .

Anabel, que había salido de la cocina sigilosamente durante el monólogo de Manoli, ha vuelto con Julián. Siendo inspector de la Federación, algo debería de saber sobre cómo actuar si alguno de los tripulantes de cualquier nave necesitaba asistencia médica.

—Lo primero es comunicar la situación al Control de Carrera. Después, lo más lógico es que se active el protocolo médico y, según la gravedad de los síntomas, se realice una consulta a distancia por videollamada o nos envíen físicamente a un facultativo.

—¿Y cuánto puede tardar eso? —pregunta Anabel.

—Unas horas.

—Eso no es muy específico. . .

—No es nada específico —interviene José Luis—. Por favor, manda ya el mensaje y di que es muy urgente.

—Di también que venga alguien, que si hay que sacarle la muela, aquí ninguno estamos capacitados —comenta Manoli.

—Ah, ya que vas a llamar, di también que por favor nos reenvíen la confirmación de los datos de ruta con las modificaciones que sugerimos María Pilar y yo, que todavía no nos han dicho nada y es importante.

—Ah, Julián —empieza a decir Lorenzo también, cogiendo al inspector de los hombros mientras se dirigen al pasillo, pero observando furtivamente al resto del equipo que se ha quedado en la cocina—, ya que estás, coméntales también que he detectado que gastamos un cinco por ciento más de combustible de lo esperado para esta parte del trayecto. No me vendrían mal unos consejos de optimización... —y añade en un susurro— Si va a venir alguien, que traigan esas galletitas saladas que nos gustan tanto, y una coca boba, o, si es posible, los ingredientes para hacerla aquí. Estoy harto ya de sucedáneos. Oh, y también esas bandejas de carne picada, aceite de oliva, brochetas de cerdo que llevan pimiento, calabacín, algún saco de patatas...

Mientras hablaba, detecté que Lorenzo salivaba al imaginar tal cantidad de platos con alimentos sólidos. A eso se debían de referir los humanos cuando decían que se les hacía la boca agua.

Al día siguiente, no solo el dolor de muela de José Luis había ido a más, sino que Julián no había obtenido respuesta del Control de Carrera. Algo no iba bien, ya que yo tampoco conseguía contactar con las radios de otras naves. Debo reconocer que en alguna ocasión ha pasado algo similar, pero esos microcortes tan solo habían durado unos segundos y nadie se había dado cuenta. Sin embargo, esta vez el equipo lo ha notado, ya que, ante una emergencia como la de José Luis, y como la de las galletitas saladas de Lorenzo, es raro que nadie haya dado señales de vida. Como viene siendo habitual, Anabel se dirige a mí desde una de las pantallas del puesto de mando para pedirme explicaciones.

—¿Qué está pasando, Rumbo?

“No lo sé”.

—¿Cómo que no lo sabes? Llevamos veinticuatro horas sin noticias del Control de Carrera, ni de la Federación.

“Eso lo sabía, pero no sé el motivo” —respondo—. “Me ha sido imposible contactar con Rumbo2816 ni con ninguna otra IA amiga”.

—¿Y enemiga?

“Tampoco”.

Anabel se lleva las manos a la cabeza. María Pilar, sentada en su puesto, mira al infinito en silencio.

—¿Alguna idea? —le pregunta la comandante.

—Es posible... ¿Qué nave es la que tenemos más cerca?

“*La Mortadelo*” —digo inmediatamente.

—Mortadelo, nuestros compatriotas. Eso es... —murmura María Pilar. Creo que ha hecho la pregunta al aire y que en realidad estaba hablando consigo misma, ya que por su expresión no parece haberme escuchado, está ensimismada en las pantallas que tiene delante—. *La Mortadelo* va por detrás de nosotros, por la distancia en la que aparecen en el radar, si dejamos de acelerar nos alcanzarán en unas horas... Tres o cuatro quizá. Si podemos ponernos en paralelo, podríamos intentar comunicarnos con ellos para averiguar lo que está pasando.

—¿Cómo?

—Por las ventanas. Con carteles o con código morse y juegos de luz.

—¿Y cómo van a saber que queremos hablar con ellos si los sistemas de comunicación por radio no funcionan? En cuanto tengan la oportunidad nos adelantarán, no van a quedarse a nuestra altura sin más.

—Cierto, por eso tenemos que llamar su atención de alguna manera.

—Yo sé cómo —dice Lorenzo, que acaba de llegar al puesto de mando. Tiene los brazos en jarra y con las manos se sujeta los pantalones. La falta de una dieta alta en calorías y el hambre, en su caso, agudizan el ingenio—. La nave *Mortadelo* es muy llamativa, su tripulación la pintó de negro y blanco, como el traje del personaje de los cómics, y le añadió una corbata y unas gafas enormes alrededor de los ventanales de la cabina de mando. Como curiosidad, pueden cambiar su atuendo a placer, las planchas pintadas del casco se mueven y cambian de color gracias a un software propio, lo que hace que se pueda camuflar o dis-

frazar según les interese. Estoy seguro de que si pintamos nuestra nave como Filemón, con la parte trasera de color rojo como si fueran unos pantalones y con una pajarita, como mínimo se frenarán unos segundos para observarla, es el tiempo que necesitamos.

Los presentes se han quedado callados ante la explicación de Lorenzo. Si de algo sabe este hombre es de carreras, estrategias y naves, y al parecer también de las famosas historietas de humor de Francisco Ibáñez. Anabel y María Pilar se miran.

—¿Alguna otra sugerencia? —dice la comandante. La piloto niega con la cabeza y yo, a falta de cabeza, proyecto un “no” en mi pantalla—. Muy bien: Lorenzo, encárgate de pintar la nave. Creo que tenemos pintura en la bodega, en el rincón de sastre, donde están también los equipos de gimnasia, los bañadores y la consola que todavía no he visto a nadie utilizar y que os empeñasteis en traer.

Al cabo de unos minutos, Lorenzo se ha metido en su traje espacial, que ahora le queda ligeramente holgado, y se dispone a salir. Alrededor de la cintura, y sujeta al cinturón, lleva la cinta de seguridad altamente resistente que le mantiene unido a la nave, y colgado del cuello el bote de pintura roja y la brocha gorda. Por el transmisor va narrando lo que hace.

—Ves, Anabel, como traer la pintura que me sobró de pintar el estudio de mi cuñado nos podía servir. Y tal y como la mezclé y preparé, para que resistiera al vacío... La nave se va a quedar la mar de bonita.

—Claro, y las mancuernas de Julián.

—Ey, que yo las uso de vez en cuando para mantener el tono muscular —dice María Pilar.

—O el bañador de Maripili.

—Es que nos faltó traer también la cabina de rayos uva para broncearnos —apunta la aludida.

—Déjate de esas cosas, niña, que no son buenas para la piel —comenta Manoli—. Podrás lucir tu bañador si algún día montamos la piscina hinchable.

—Ni se os ocurra montar la piscina hasta que no vuelva, ¡que es mía!

—grita Lorenzo por radio.

—¿Qué me decís de los disfraces? ¿Era necesario traer los disfraces?

—Nunca se sabe, Anabel, nunca se sabe —dice Lorenzo—. ¿A que no te imaginabas que tendríamos que pintar la nave en pleno vuelo? Son cosas del directo...

—¿No tenemos unos patines de hielo? —pregunta entonces José Luis—. Me arrancaría yo mismo esta muela, como el náufrago. ¡Me duele mucho!

—Espera, cariño —dice Manoli. En un pispás ha ido a la cocina, ha sacado un par de cubitos de hielo del congelador, los ha envuelto en un trapo y se los ha dado a su hijo para aliviar la hinchazón de la encía—. Patines no tenemos, pero hielo sí. Mantenlo sobre la mejilla un rato.

—Tranquilo, amigo, estoy en ello. Yo voy bien, eh —dice Lorenzo—. Esto es impresionante, no sé como no hemos hecho antes un paseo espacial. Estoy bien agarrado a la popa, me dispongo a pintar.

Mientras la tripulación iba mencionando gran parte del inventario de la bodega, Lorenzo había empezado a pintar la parte trasera de la nave. El hecho de que originalmente fuera blanca hizo más fácil el trabajo, aunque, como en el pasado había sido todo un profesional de las reformas, y le gustaba ser perfeccionista, no se quedó tranquilo hasta que le dio dos capas más. Más tarde, tras volver a por el rodillo con el que habían escrito en negro el nombre de la nave antes del despegue meses atrás, dibujó bajo los cristales de la cabina de mando una gran pajarita. Desde el exterior saludó efusivamente a sus compañeros, quienes aplaudieron la hazaña, y yo proyecté un “bravo” en las pantallas.

Al cabo de un rato, los radares de proximidad ya señalaban a *la Mortadelo* acercándose a nuestra posición. La nave amiga se aproxima y, según lo previsto, se sitúa paralela a la *Nosotros llegamos primero*. Es la oportunidad para informar de nuestra situación. Intento contactar con Ofelia, su inteligencia artificial, pero tan solo capto escuetas palabras en código morse.

“Asomaos a la ventana” —digo, retransmitiendo el mensaje.

La tripulación de *la Mortadelo* está haciendo señas con los brazos, una mujer lleva una pancarta en la que se lee “S.O.S” y el resto da saltos de alegría al ver caras, desconocidas, pero humanas y españolas. Lorenzo hace aspavientos en dirección a la otra nave y mueve el rodillo de pintura para llamar también la atención.

—¡Mi plan ha funcionado!

—No cantemos victoria todavía —empieza a decir la comandante—, todo esto ha sido para pedirles ayuda, pero parece que ellos también la necesitan.

Mientras la tripulación habla, Lorenzo se desliza por el casco recién pintado para volver a la compuerta de la bodega y José Luis se queja sin parar. Yo sigo intentando contactar con la otra nave y percibo que Ofelia intenta hacer lo mismo conmigo, pero hay algo raro en ella.

Ahora me doy cuenta de que, a través de las comunicaciones internas, un virus quiere invadir mi sistema, igual que ha hecho con la otra nave y posiblemente con el sistema del Control de Carrera en tierra. Intento resistirme, proyecto algunas palabras de auxilio en las pantallas para alertar a la tripulación de lo que está pasando, pero ellos están muy ocupados mirando al equipo de *la Mortadelo*. Solo Julián parece darse cuenta, porque me mira con expresión asustada y sale de la cabina de mando.

De repente, una esfera envuelta en destellos eléctricos se materializa en medio de la cabina, con un sonido que tengo registrado como “tormenta de verano”. José Luis se queda boquiabierto, todo lo boquiabierto que su dolor le permite, y los demás al fin se giran y descubren que algo está asaltando la nave, no solo a través de mi sistema, sino también físicamente. La esfera desaparece casi tan rápido como ha llegado y de su interior aparece una figura antropomórfica. Cuando los rayos y truenos se dispersan vemos a un hombre alto y musculoso, desnudo, que se yergue elegantemente y se queda quieto un instante. Manoli, intentando ocultar su vergüenza ante tal imponente macho, sale co-

rriendo de la sala y vuelve con un delantal, dice ser lo primero que ha encontrado para vestir al recién llegado. Se lo coloca alrededor del cuello y el desconocido se ata el cordel a la espalda, como si fuera lo más normal del mundo. Mientras tanto, yo sigo intentando recuperar el control de la nave, pero algo me lo impide. Aunque me han jaqueado, sigo siendo yo, sigo estando aquí, pero en un segundo plano. El hombre gira la cabeza lentamente a un lado y a otro, analizando el lugar y a los presentes, y cuando habla, su voz grave podría ser la de un gran actor de doblaje, como Constantino Romero.

—*Nosotros llegamos primero*, tripulación de 6 personas, origen España. Posición número 92 en la carrera con destino Marte, misma posición actual que la nave *la Mortadelo*. Ayer a las 14:52 horas se envió un mensaje solicitando asistencia médica para el ingeniero de nombre José Luis.

—¿No me diga que usted es el dentista? —dice Manoli—. ¡Gracias a Dios! Y qué modernidades, qué forma de aparecer... —dice mientras se sonroja—. Este es mi hijo, José Luis, por favor, revísele esa muela, que mi niño lo está pasando fatal.

—Por favor, identifícate— pide Anabel a ese ser con forma de hombre del que sospecho que realmente no es humano.

—Mi nombre es E800, también conocido como el Extractor. He sido diseñado por la corporación Cielorg para proteger a la raza humana ante cualquier adversidad. He sido enviado a esta nave con una misión: liberar al ingeniero de nombre José Luis de su dolor.

Dicho esto, se acerca al aludido y el dedo índice de su mano derecha se transforma en una fina aguja unida a una jeringuilla de anestesia, que clava en la mejilla del ingeniero ante la atónita mirada de la tripulación. Definitivamente no es humano. Unos segundos después, José Luis ya está dormido y E800 se inclina sobre su cabeza para hacer una radiografía sin necesidad de más aparatos que sus propios ojos, que se vuelven de color rojo intenso mientras trabaja. De alguna manera, aunque solo va ataviado con el delantal que le ha dejado Manoli, su cuerpo tiene todo lo necesario para la intervención.

Al mismo tiempo, en la bodega de la nave, Lorenzo ya ha vuelto de su paseo espacial y Julián le está esperando. El inspector de la Federación le resume al ingeniero de carreras lo ocurrido en su ausencia.

—¿Me estás diciendo que un robot con forma humana, un tío fuerte y macizorro, se ha aparecido en medio del puente de mando con un espectáculo de luz y sonido digno de El Circo del Sol? ¿Y yo me lo he perdido? —pregunta indignado.

—Te estoy diciendo que estamos aislados, incomunicados y con una presencia potencialmente hostil entre nosotros.

—Hostil era el calamar estelar que se nos coló aquí en Navidad y que casi me ahoga. ¿No será la asistencia médica que habías pedido?

—No lo sé. . .

“El androide dice haber sido diseñado para proteger a la raza humana y que su misión es liberar a José Luis de su dolor”.

—¡Madre mía, lo va a matar! —exclama Julián. En los últimos minutos lo he visto expresar más emociones humanas que en los cuatro meses que llevamos de convivencia.

—¿Pero qué dices, hombre? ¿Por qué iba a querer matarlo? Joselu no ha hecho nada malo.

—Todavía. No ha hecho nada malo todavía.

—¿Qué quieres decir?

—La forma en la que ha aparecido en la nave, de repente, de la nada. . . No es algo a lo que estemos acostumbrados, no tengo claro que ni siquiera la tecnología más moderna a día de hoy permita que un hombre se materialice en un lugar remoto del espacio sin causar ningún cambio. . .

—¿Qué estás sugiriendo, Julián? ¿No será esto algún truquito o sorpresa de la Federación? ¡Ya entiendo! Se trata de una estrategia de publicidad, ¿no? Naves que pierden la conexión, que tienen que buscarse la vida para comunicarse, ahora hay dos naves españolas en la misma posición. . . Eso da vidilla, espectáculo para que los espectadores no pierdan el interés. Muy bien pensado. Lo único es que ahora nuestra nave es roja en vez de blanca y lleva pajarita, pero bueno. . .

—Que no, Lorenzo. No tiene nada que ver con eso. Me estoy asustando de verdad. . .

Julián da vueltas por la bodega, esquivando los trastos y moviendo los brazos. Parece realmente nervioso. Lorenzo se acerca a él, le coge despacio de los hombros y le pide que le mire a los ojos.

—Eh, no pasa nada. Todo va bien. Los problemas técnicos a veces ocurren, pero lo solucionaremos. Ya verás como en breve podrás volver a contactar con la Federación, hacer un informe sobre lo que ha pasado, que lo mantuviste todo bajo control o lo que sea que hagas en tu habitación en vuestras reuniones súper privadas súper importantes. Rumbo, ¿puedes detectar de dónde ha venido el androide?

“Llevo veinticuatro horas sin conexión a la red, pero puedo intentarlo”.

Mientras tanto, en el puente de mando, la extracción de la molesta muela del juicio de José Luis se lleva a cabo en silencio. E800 hace su trabajo ante la atenta mirada de Anabel, María Pilar, Manoli y, en la distancia, de la tripulación de *la Mortadelo*, que mantiene velocidad constante y continuamos en paralelo. Yo intento contactar con Ofelia mediante código morse, pero sospecho que la tormenta que ha provocado la aparición del dentista ha debido de interferir en los sistemas. A lo que no consigo dar explicación es al motivo de estar incomunicados desde ayer. Tras varios minutos, la IA de *la Mortadelo* me envía palabras sueltas que transmito a Julián y Lorenzo, que se mantienen recluidos en la bodega hasta que consigan reunir el valor para salir de allí, a pesar de que nada indica que la nave se encuentre en peligro.

—Vale, las palabras que tenemos son: fallo, silencio, horas. Nada que no supiéramos ya —admite Lorenzo con resignación.

—¿Ves? Algo malo está pasando. Esto no es normal.

—A ver, Julián, pensemos con la cabeza fría. Sea lo que sea que esté pasando, nos está afectando, al menos que sepamos, a dos naves, *la Mortadelo* y la nuestra, quizá porque estábamos relativamente cerca en el espacio y el problema puede que influya varios kilómetros a la redonda. ¿Cuál es el protocolo en estos casos? Entiendo que la Federación, si pasa un tiempo sin novedades de alguna de las naves, actuará de alguna forma para saber qué ha pasado, ¿no?

—Sí. Intentarían contactar por diferentes medios, a distancia, y si no

se consigue nada enviarían una nave de rescate.

—Pues ya está, todo arreglado. De momento no podemos hacer más. Antes o después sabremos algo de ellos. Y no tenemos de qué preocuparnos, porque nosotros estamos bien, solo que ellos no lo saben.

—Pero, Lorenzo, si en algún momento la cosa se complica, tampoco lo sabrán.

—Bueno, bueno, no nos pongamos en lo peor...

Al cabo de unos minutos recibo una notificación. Es un mensaje que acaba de llegar, pero al indagar en mi propio sistema me doy cuenta de que no acaba de llegar exactamente, sino que siempre ha estado ahí, oculto, pero tenía que aparecer en este preciso momento. Llamo la atención de Julián y Lorenzo y cuando están atentos me dispongo a hablar.

—¿Qué has averiguado, Rumbo?

“Ya sé de dónde ha venido el androide”.

—¿De dónde?

“Del futuro”.

Ambos se miran, confusos, y después llega la siguiente pregunta:

—¿Quién lo envía?

“José Luis”.

Después de la intervención, José Luis aún tarda un rato en despertar. Cuando lo hace, está aturdido y observa a su alrededor como si lo hiciera a través de una burbuja, como si estuviera muy lejos de aquí y solo con la paz que los calmantes pueden proporcionar.

Anabel y Manoli están hablando animadamente; Julián y Lorenzo están escribiendo algo en unas pancartas que colocan sobre los cristales de la nave, se están mandando mensajes con *la Mortadelo* mientras ríen sin parar, la tensión y los nervios de antes ya han desaparecido; María Pilar tontea con E800, ya que tiene las mejillas coloradas y se toca el

pelo mientras el androide le cuenta algo que parece muy interesante. Este todavía sigue vestido únicamente con el delantal, cosa que ruboriza más a la piloto que a él mismo. José Luis intenta incorporarse, y es cuando su madre se da cuenta de que ya se le ha pasado el efecto de la anestesia.

—Cariño, ¿cómo te encuentras? —dice efusivamente. Esto llama la atención a los demás, que se reúnen en torno al paciente.

—Estoy un poco mareado, pero ahora no me duele nada.

—La intervención ha sido un éxito —anuncia E800—. La extracción se ha completado satisfactoriamente. Si tienes molestias en las próximas horas puedes tomar analgésicos y se recomienda una dieta de sopas, cremas y alimentos blandos hasta que puedas volver a masticar.

—Muchas gracias por todo, doctor —dice Manoli.

—No hay de qué, para esto he sido creado.

Entre Lorenzo, Julián y yo mismo explicamos al resto de la tripulación lo que habíamos descubierto. El mensaje oculto en mi sistema era un aviso para mí del propio José Luis, que desde el futuro, habiendo vuelto al pasado en algún momento antes del inicio de la carrera y mi instalación como inteligencia artificial de la nave, había organizado todo esto, ya sabiendo que durante el trayecto de la carrera necesitaría intervención médica para extraer su muela del juicio. Ante el desconocimiento de si esto realmente funcionaría y de las alteraciones o consecuencias que pudiera conllevar, programó el mensaje para mantenernos informados, solo que se equivocó en la fecha. Si el mensaje hubiera llegado un día antes, quizá todo habría sido más sencillo, Lorenzo no habría tenido que pintar la nave y el pobre Julián se habría ahorrado un ataque de ansiedad. Tanto nuestra nave como *la Mortadelo*, ya que se encontraban lo suficientemente cerca, nos vimos afectadas por la cúpula temporal que se había formado entre ambas durante las horas que duró la incursión. Una vez que cada línea temporal volviera a donde debía estar, se reestablecerían las comunicaciones con el exterior, con el resto de naves y con la Federación. E800 es un androide que el mismo creará dentro de unos cuantos años, cuando claramente también se podrá viajar en el tiempo.

—Mi trabajo aquí ha concluido —declara E800—. He de volver a mi tiempo. Me estás esperando.

José Luis, con ayuda de Manoli, se puso en pie y le estrechó la mano al androide. Después, este se dirigió a una de mis pantallas y se despidió de mí directamente.

—Rumbo116, hasta pronto, hermano.

“Sayonara, baby”.

—Espera un momento —pide Lorenzo—. José Luis, si lo enviaste desde el futuro, ¿no te acordaste de mandarlo con un bote de galletitas saladas? Solo pensaste en ti y en tu muela, pero nada para los demás. Cuánto egoísmo.

E800 volvió al lugar exacto en el que la esfera lo había teletransportado y se quitó el delantal, que devolvió a Manoli, agradecido. Encogió las piernas, arqueó la espalda y mirando a Lorenzo dijo:

—Volveré.

—¿Con las galletitas?

Antes de poder responder, la esfera lo envolvió, unos rayos y truenos retumbaron en el puente de mando, poniendo los pelos de punta a todos los presentes. Y tal y como había llegado, desapareció, dejando un vacío en el lugar en el que la *Nosotros llegamos primero* se había convertido en un puente interdimensional.

Sobre la autora

Irene Robles. Alicante, 1992. Ha escrito y autoeditado varias obras: *Último tren a la Tierra* (2014), *La noche perpetua* (2015) y *Piel metálica* (2017), novelas de género sci-fi. También ha publicado *La tierra prometida* (2019), un relato postapocalíptico con ilustraciones, y *Trans XYQ* (2021, Apache Libros), una novela juvenil de ciencia ficción que trata la identidad.

Verde, el mal tiene muchas formas (2018) fue su primer relato de terror y fantasía paranormal, así como *Catmaniac* (2024), una historia corta de terror doméstico. En digital también ha publicado otros volúmenes de esta saga *Nosotros llegamos primero* (2020), *En el espacio nadie puede oír tus villancicos* (2020) y *Siesta total* (2022), relatos space opera con una tripulación muy peculiar y en los que homenajea a obras muy conocidas de la ciencia ficción. El cuento distópico *Matrícula de amor* (2021) ha sido publicado en la revista Opportunity. Todas estas obras están disponibles en la plataforma digital Lektu.

Fue seleccionada para la antología de relatos de ciencia ficción *Alucinadas III* en 2017 con el cuento *Realidad 10.4.2* y para la publicación *Visiones 2019* de la Asociación Pórtico con el relato *La paradoja de Lightmoon*, libro en homenaje al escritor Isaac Asimov. Ganó el 1^o premio en el Concurso de Microrrelatos de terror convocado a través de Twitter por Hela Ediciones (2020).

Sus historias plantean posibles futuros, realidades alternativas, crean mundos y entornos espaciales con avances técnicos y destacan la interacción de humanos con otras formas de vida, por eso la llaman La chica del espacio.

Contacto: www.ireneroblescifi.com